

Larraúl, Asteasu, Tolosa, son mis pueblos, esos maravillosos lugares de la Guipúzcoa profunda que reiteradamente son el escenario de mis relatos. En estos bellos parajes oí a mis antepasados un sinfín de cuentos e historias, en aquellos tristes y a la vez maravillosos años de las verdes manzanas, cuando iba de la mano de mi madre, el día de Todos Los Santos, a honrar en Asteasu la memoria de nuestros muertos en la representación de la sepultura que se encuentra muy cerca de la puerta de entrada de la iglesia en el lado izquierdo, para después de terminada la ceremonia ir a comer a «nuestro» caserío de «Aldaia» el magnífico ágape que solía tener preparado nuestra querida Bibiana, sobrina de mi madre, la cual profesé un cariño especial.

El tiempo ha pasado y casi todo lo borra o lo desdibuja, pero yo sigo viendo en mi «otro» caserío de Larraúl, en «Gorotzen», el rojo intenso de las manzanas que graciosas y generosas, sin permiso nos visitaban todos los años. Oigo aún al comienzo de la primavera el canto del huidizo cuco, veo la sonrisa de mi tía Matista, detalles que ennoblecen el recuerdo. Por eso con toda humildad y ahora que puedo evoco

«mis lugares», para que no solo sean míos, sino de todos, y les doy las gracias por aquel tiempo pasado, rindiéndoles homenaje.

Elizaran Txapartegi
Belatxa II

EL ÁNGEL DE LA NOCHE

Don Martín, el párroco, había sido jubilado por la diócesis, y como podía arreglaba todo para cuando llegase el sacerdote que le sustituiría en la parroquia de Asteasu. Vivía con su *serora*, la fiel Inoshenchi, sacristana de la iglesia desde su tierna juventud. Mujer abnegada y seria, con algún pasado ya patinado, les había tocado vivir la denominada *tercera guerra carlista*, época muy convulsa en las postrimerías del siglo XIX, donde unos se erigieron en buenos acusando a los otros de malos. Había una persona que dictaba quién pertenecía a uno u otro bando, era el cura Santa Cruz, guerrillero carlista convertido en azote de los liberales y de los pueblos rurales que cobijaban a estos en las provincias vascongadas. Un día, cuya fecha no recuerdo, llegó a Asteasu la cuadrilla del cura Santa Cruz con intención de hacer «su» justicia apresando a Juan Francisco Garmendia y a su hijo Juan Bautista, del caserío «Elice-gui», de Larraúl, por tener ideas liberales. Inoshenchi, la *serora*

(sacristana), en aquel entonces era una mujer hermosa, no extremadamente bella, pero sí lozana. Uno de estos convulsos días al ir a la fuente a por agua se encontró con la cuadrilla del cura guerrillero, se mofaron de la hermosura de sus pechos y la desearon. Un joven muchacho integrante del grupo y más solícito que los demás, terminó por acompañar a la *serora*. Don Martín era recién llegado al pueblo.

Las relaciones de los muchachos pronto cuajaron, y en un galpón casi abandonado propiedad del templo y adjunto a la casa, dieron rienda suelta a la fogosidad que esconde la juventud. Don Martín no tardó en darse cuenta de los viajes vespertinos de su fiel servidora. Un rojizo atardecer, cuando el sol, cansado de prestar su luz se disponía a acostarse detrás del monte Hernio para descansar, movido por una inquietante curiosidad la siguió, viendo que entraba en la rústica cabaña de mal entrelazadas chapas. Sigilosamente se acercó y arrimándose a una rendija vio cómo la mujer se entregaba en los brazos del joven y se acurrucaba, y luego de previos juegos amatorios, consumaban su amor en un torrente de pasión. Sintió el deseo de entrar, no para increparla, sino para participar del momento. Su libido se había rebelado y comenzaba a librar una batalla con la razón. En el poco tiempo que llevaba como cura, su cuerpo muchas veces había solicitado la presencia de Inoshenchi; la deseaba, pero la fuerza de su ministerio le templaba, la misma que le hizo retirarse dejando que los jóvenes consumiesen la miel que Cupido les había ofrecido.

La *serora*, después de los fogosos y extenuantes momentos vividos, pudo saber por su joven amigo que a primera hora de la mañana del día siguiente irían al caserío «Elicegui», de Larraúl, para apresar a Juan Francisco y probablemente a su hijo también. Ella como pudo disimuló su sorpresa y disgusto cuando su compañero se hubo despedido hasta el día siguiente. La *serora* en la *illumbista* (crepúsculo) y más tarde en el regazo de la noche, corrió a «Elicegui» para avisar de lo que iba a suceder cuando el alba tocase la puerta a la noche.

— Pero Inoshenchi, ¿cómo sabes esto?

— No importa *Prasku* (Francisco), coge a tu hijo y todo lo que necesites y huye, algún día por esto que estoy haciendo me calumniarán. Cuando suceda — porque sucederá — acuérdate de mí, ahora rápido escapa y que Dios te acompañe.

Cuando la aurora hubo despuntado, la cuadrilla del cura guerrillero, en su afán de hacer justicia, llegó al caserío. Al no encontrar a los hombres sacaron a *Kattalin* (Catalina) y a sus dos hijas. La pequeña, Mariatxo, iba de la mano de su madre y aún llevaba puesto el camisón con el que había dormido aquella noche, de su cuello pendía el collar que ella misma había confeccionado el día anterior con granos de *babarruna* (judías). No sabía a dónde iba, pero estaba con su madre, era lo más importante. Al llegar a la mitad de la plaza del pueblo sentaron a la madre en una silla por orden de Santa Cruz y la angelical criatura se sentó en el suelo al lado de ella. Viendo cómo un bello escarabajo verde esmeralda se le acercaba comenzó a jugar con él, no podía entender que a su madre pudiera pasarle